

CAPÍTULO XIII

Mundo occidental.—Lucha del Occidente contra Roma.—(Del 300 al 202 antes de Jesucristo.)—Cartago hasta las guerras púnicas.—Cartago, lazo de union de los dos mundos.—Cartago continúa la lucha del Oriente contra el Occidente.—Primeras guerras en Sicilia.—Alianza con Roma.—Poder de la marina cartaginesa.—Periplo de Hannon.—Historia interior de Cartago.—Nuevas luchas de Cartago contra los sicilianos.

Es un hecho que la union de Cartago fué el lazo de union de los dos mundos, que ya hemos tenido lugar de observar, y sobre el cual no es del caso insistir demasiado.

En el momento mismo en que las batallas de Salaminá y de Platea salvaban la libertad helénica, amenazada en el Oriente, en el Occidente segun las órdenes, ó á invitacion de los reyes, los navegantes cartagineses descendian á Sicilia (1). El ejército de Annibal fué destruido por Gelon, y la flota de Cartago fué asimismo derrotada por Hieron, aliado de los griegos.

Semejante analogía en esfuerzos y combates demuestra en el mundo antiguo una grande unidad que nadie osará poner en duda. Reconócese en los proyectos del orgulloso representante de la monarquía de los persas una union en las vastas ideas, y una profundidad de plan que admiran á la imaginacion.

Y en efecto, bien que las naciones griegas lo supieran ó lo ignoraran, no es ménos cierto por esto que su formidable enemigo deseaba aplastar á este mundo de federacion bajo la más poderosa tentativa que poder humano logró nunca imaginar. Las dos razas de Sem y de Cam, una en Oriente y otra en Occidente, ambas poderosas por su riqueza, por sus naves, por sus artes y por su gran comercio, uníanse en comunidad de accion, y abrazaban entre sí á las débiles y pobres familias de Jafet.

(1) Herodoto, lib. VII.

¿A qué conducia tan sorprendente movimiento? Por una parte, á estrechar hácia las márgenes del mar Jónico las colonias griegas del Asia Menor, vanguardia de la Grecia propiamente dicha; y de otra, á establecer y propagar algunas manufacturías púnicas sobre las costas de la Sicilia, vanguardia de la Magna Grecia.

Hé aquí lo que prueba evidentemente las relaciones voluntarias ó involuntarias, y de todo punto providenciales, que se operaron en esta época entre las tres grandes razas salidas de la humana. Hé aquí tambien lo que explica el genio conquistador, que de pronto se apoderó de Cartago, simple colonia fenicia, cuando Tiro, su metrópoli, no volvió á armar sus naves sino para ponerlas en combinacion con las del gran rey. La irreparable desgracia que la ambicion asiática experimentó en Grecia, rompió entonces poco á poco la union del Asia y del Africa. El Africa reivindicó por sí misma el fruto de sus armamentos, y Cartago, que ya no recibia órdenes de la costa de Susa, siguió á su capricho las guerras con Sicilia.

Por lo demás, la causa helénica fué por todas partes vigorosamente sostenida, antes como despues de la division de los enemigos, en Sicilia como en Grecia. Bueno será consignarlo; la suerte de los vencidos hubiera sido fatal bajo la dominacion púnica. Júzguese ahora del derecho político y comercial de Cartago: defendió á los de Sardis, subyugados al trabajo bajo pena de la vida; por doquiera habia establecido



sus aduanas tiránicas, y hacia perecer á los extranjeros que se aventuraban hasta las columnas de Hércules (1).

Vemos tambien en la guerra entre Siracusa y la ciudad de Africa á un tirano de Sicilia, á Gelon, imponiendo á los cartagineses vencidos la abolicion de los sacrificios humanos en honor á la humanidad (2).

Este era un bello y generoso triunfo; pero parece que bien pronto el grito de sangre clamó más alto, y los altares recibieron de nuevo sus víctimas. Cuando otro príncipe de Siracusa, Agatocles, sitió á Cartago, la estatua de Moloc, calentada hasta el rojo, devoró más de quinientas víctimas humanas (3).

Otro suceso digno de ser notado fué la alianza que la república africana pactó con la república itálica en el momento en que Roma arrojaba á sus reyes etruscos (4).

Ya hemos visto que los navíos de Cartago y las galeras toscanas se hallaron en armas en el mar Tirreno. Por todas partes el poder de los etruscos se veia atacado y debilitado, y esta nacion, ya muy adelantada en su poderosa existencia, comenzaba su larga edad de decadencia (5).

(1) *Eratóstenes en Estrabon*, lib. XVII.

(2) Montesquieu, *Espíritu de las leyes*.

(3) Diodoro de Sicilia, lib. XXV.

(4) Véase Polibio, III. El primer tratado entre los romanos y cartagineses data del tiempo de J. Bruto y de M. Horacio, los dos primeros cónsules, creados despues de la expulsion de los reyes, y por cuyas órdenes fué consagrado el templo de Júpiter Capitolino, veintiocho años despues de la irrupcion de Jerjes en la Grecia. Este tratado le tenia á la vista Polibio, escrito en antigua lengua latina, que diferia mucho de la que en su tiempo se hablaba; es un monumento notable de la certeza histórica, que va unida á los principales hechos de la historia de Roma desde la expulsion de los reyes. Segun esta alianza, estaba prohibido á los romanos navegar más allá del Bello Promontorio, y los cartagineses se obligaban á no cometer excesos en la costa del Lacio. Por lo demás, las dos naciones se trataban absolutamente lo mismo y ponian en sus relaciones una reciprocidad completa. Hubo despues otro tratado, en el cual quedaron comprendidos por los cartagineses los tirios y los de Utica. La libre navegacion de los romanos fué entonces restringida á los limites de Mastia y de Tarsegon.

(5) Véanse los estudios del conde *Conestabile* sobre la Etruria, y á M. Monamsen, *Historia romana*.

La marina tirrena desapareció por todas partes, haciendo lugar á la marina de Cartago. Tambien es este el tiempo para esta comercial ciudad de hacer los lejanos viajes de sus descubrimientos y de sus audaces tentativas de conquistas. No se sabe hácia qué tiempo se puede fijar con datos precisos la curiosa é importante navegacion de Hannon. Esta empresa era ménos difícil que el periplofénico-egipcio de Neco (1).

Se ha puesto en duda muchas veces y sin motivo la autenticidad de una cosa natural en un pueblo habituado al mar. Un marino, Hannon, se hallaba en Carne, hoy isla de la Madeira, sobre las costas de Africa. Recibió orden de ir á hacer descubrimientos hácia el Sur. Nada tiene esto de particular. Hoy existe la relacion de este viaje y no contiene nada de maravilloso, sino muy verosímil. Se sigue con grande interés la aventurada investigacion de estos marineros antiguos que todos los dias estaban remando á lo largo de las costas, hallándose como perdidos en aquella soledad. Al venir la noche descubrian á lo largo de las aguas las llamas que brillaban en el horizonte, y oian resonar los interrumpidos ecos de una horda armoniosa. Aun hoy se encuentran en aquellos parajes hordas africanas, á quienes la música apasiona y que se ocultan en las cavernas en tanto que el ardiente sol abrasa aquel árido suelo, y quienes por la noche encienden hogueras á varias distancias que se divisan desde el mar.

Este viaje de Hannon parece tanto más notable, cuanto que coincide quizás con la expedicion del griego Neco á las Indias. La relacion que aun subsiste, es, por otra parte, el único monumento de los conocimientos de Cartago.

(1) Antes de Jesucristo ensayaron por cuatro veces dar la vuelta al Africa. Los fericios de Neco (Herodoto, lib. IV) hicieron la primera tentativa partiendo del Mar Rojo, y lo consiguieron. La segunda y tercera que tuvieron éxito fueron las de *Sataspe* en tiempo de Jerjes (Herodoto, *Melpomenes*), y de Hannon el cartaginés: estos salieron de las columnas de Hércules. Por último, más tarde, Eudoxio (Plinio, lib. II, cap. 67) salió de nuevo del Mar Rojo, y logró tambien su objeto. Montesquieu, *Espíritu de las leyes*, lib. XXI, cap. X.



Se suele preguntar qué es lo que queda de la venganza romana, que quiso relegar á la fábula este pequeño documento. Los cartagineses tenían una lengua y una literatura. Esto es innegable: esta lengua pereció, y no se hallan más vestigios que las ruinas de sus ciudades (1). El odio de los conquistadores persiguió los únicos restos que su cruel conquista no pudo aniquilar (2).

El inmenso poder de Cartago y su imperio universal sobre los mares, no fué duradero. No dominó en el Mediterráneo y sobre las costas de la Oceanía europea occidental y del Africa septentrional, hasta después del tiempo en que Alejandro contó á Tiro de Fenicia en el número de las ciudades. No trascurrirá un siglo sin que estalle la primera guerra púnica.

Esto por lo que hace á lo exterior; y cosa singular: la historia apenas menciona en el interior más que una tentativa de revolución. Recuérdase por tanto la constitución tiránica y opresiva de esta ciudad singular. No eran solamente los vencidos á quienes su despotismo, ávidos de oro y de sangre, humillaba bajo su opresión; la muchedumbre, que no era considerada para nada en la república, gemía también bajo la aristocracia del capital que la aniquilaba. Pues bien, este pueblo encontró por todas partes auxiliares; su causa era también la de los vencidos. Agobiado bajo un gobierno odiosamente duro y cruel, podía volver á encontrar algún ambicioso á cuyas órdenes pudiera colocarse, y con esto el sistema de los

(1) Nos queda aún una escena en Plauto en que el autor cómico latino hace hablar á sus interlocutores en cartaginés. También hay fragmentos traducidos en latín de una obra de agricultura: entre otras cosas se trataba de la manera de hacer engordar á las ratas. No se conserva más que en griego la relación de Hannon. M. Bourgade ha reunido lo que queda de la lengua cartaginesa con el título de *Toison d'or de la langue phénicienne*, in-folio, 1856.

(2) Montesquieu, *Espíritu de las leyes*, lib. XXI, cap. XI; Michelet, *Historia romana*, lib. V, cap. 1; Dodwel, *Disertación sobre el periplo de Hannon*; Hoefler, *Fenicia*. La relación del navegante cartaginés fué publicada en griego y en latín por Bakler en Leyde; fué traducida por M. Chateaubriand en su *Ensayo histórico* sobre las revoluciones antiguas y modernas, lib. I, cap. XXXV.

mercenarios prestaba fácil apoyo á la esperanza y á la ambición de los generales. Pero ni el pueblo ni los generales tenían tanta audacia; la oligarquía comercial parecía sólidamente cimentada y organizada.

Apenas se ve un Hannon (340) conspirar contra la suprema asamblea. Trató de hacer perecer á todos los senadores, sirviéndoles veneno en un festín; pero no se conquista por tales medios ni la libertad ni el imperio, y fué sacrificado.

La tentativa de Bomilcar no fué más afortunada (308). En adelante Cartago se mostró todavía más prudente. Había instituido un tribunal, para condenar á muerte de cruz á los generales vencidos por el enemigo. No hacia esto quizá porque quisiera castigar las derrotas, sino más bien por reprimir á todos aquellos que por sus servicios ó su mando pudiesen inspirar recelos al Estado (1).

Ahora que Cartago redobla sus esfuerzos contra Sicilia, va á apoderarse de toda la isla antes que Roma, cuya grandeza va acrecentándose prodigiosamente de día en día, esté en condiciones de disputársela.

Seguramente si todas las colonias griegas que cubrían la costa oriental de la Sicilia hubiesen estado siempre entregadas á su licenciosa turbulencia, á sus pasiones populares, á la inconstante y encarnizada lucha de sus partidos enemigos, el yugo cartaginés hubiera comprimido bien pronto todos los movimientos de una misma esclavitud. Pero algunas veces la principal ciudad, Siracusa, dejó que se alzase un audaz y poderoso tirano, porque así convenía á su salvación exterior, como también á su esclavitud interior. La «tiranía» defendía la Sicilia griega contra Cartago. Tal había sido ya el papel que habían desempeñado los Ge-

(1) En Justino es donde principalmente se encuentran algunos detalles sobre la historia de Cartago antes de las guerras contra Roma. Véase á Heeren, *Manual de historia antigua, ó Ideas sobre el comercio, la política, etc.*; Hendrich, *De república cartaginesium*, ha hecho una compilación muy útil de los textos griegos y latinos, que pueden servir para reconstruir una historia de los cartagineses (1664). Véase también el Dr. Heffer, *Fenicia*, y Cartago en el *Universo pintoresco*.



lon, los Dionisios; se entablará bien pronto una terrible lucha entre Agastocles y la república africana, lucha de incursiones y de sitios, de batallas navales y terrestres, durante las cuales se verá á la vez á Siracusa y á Cartago to-

madar por armas victoriosas. Sobre esta contrariedad de acontecimientos, de esta diversidad de sucesos y de fortuna, de este duelo á muerte con un sinnúmero de alternativas, se asienta el destino de Roma.